De la Escuela de Altos Estudios a la Facultad de Filosofía y Letras

Juliana González

El 22 de agosto de 1924, cinco años antes de la autonomía universitaria, el presidente Álvaro Obregón emite un decreto por el cual se instituye la Facultad de Filosofía y Letras, a partir de una significativa restructuración de la Escuela Nacional de Altos Estudios. Entre otras cosas, el documento oficial dice:

> [...] CONSIDERANDO [...] que a la Escuela Nacional de Altos Estudios, debe también cambiársele la denominación [...] conviene que con dicha Escuela se forme la Facultad de Graduados y Escuela Normal Superior [...] y además la Facultad de Letras [...] Articulo 3°. Se constituye la Facultad de Filosofía y Letras [...]

¿Qué significaba realmente ese cambio de "denominación", ese "paso" de "Escuela de Altos Estudios" a "Facultad de Filosofía y Letras"? ¿Qué implicaba la "constitución" de ésta? ¿Cuándo "nace" realmente la Facultad de Filosofía y Letras? ¿Qué se conmemora en estos *setenta años de la Facultad de Filosofía y Letras*?

Desde luego, no se originaba en 1924 una institución que no existiera, ni tampoco el acto formal que la constituye implicaba una transformación que trajera consigo el surgimiento de algo radicalmente nuevo. Los *orígenes* de la Facultad se remontan ciertamente muy atrás. O como lo expresa Beatriz Ruiz Gaytán:

> Filosofía y letras [es ...] una institución de poca antigüedad cronológica, pero de una hondura de raíces que sólo se logra con siglos.

Las raíces coloniales de la Facultad de Filosofía y Letras están, sin duda, en la entonces llamada Facultad de Artes de la Real y Pontificia Universidad de México (fundada en 1553), y particularmente en las primeras cátedras sustentadas por fray Alonso de la Veracruz. De ahí


Escaleras del "aeropuerto" de la Facultad.

que su estatua se irguiera en el patio del edificio de Mascarones, y se encuentre ahora en el jardín central de la Facultad.

Y los *orígenes modernos* de ésta se hallan, claro está, en la Escuela Nacional de Altos Estudios, fundada en 1910, como parte esencial de la nueva Universidad Nacional de México. "Escuela de Altos Estudios" fue, en cierto sentido, el "primer nombre" de la que, en 1924, se llamaría "Facultad de Filosofía y Letras". Hay entre ambas una indudable línea de continuidad que hace difícil definir el alcance que podría tener el cambio ocurrido setenta años atrás. Aunque tampoco éste tuvo un sentido nada más nominal. El Decreto por el que se instituye formalmente la Facultad llevaba implícita la necesidad de un cambio real, cualitativo, que se irá produciendo de manera paulatina a lo largo de estas siete décadas.

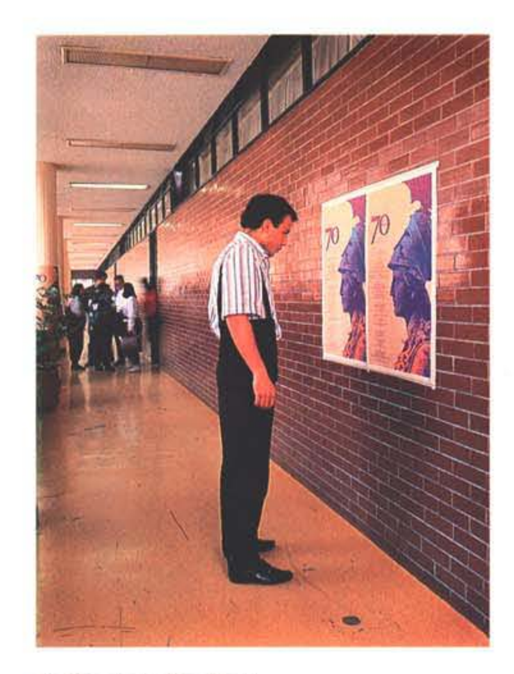
Es cierto que no son creadas en la nueva Facultad de Filosofía y Letras ni disciplinas ni asignaturas humanísticas que no existieran ya en la Escuela de Altos Estudios. Al menos estuvieron presentes las áreas básicas de *la filosofía* y *las letras*, ambas entendidas en su sentido más amplio y general que es aquél en el que quedan comprendidas, principalmente, la historia, la psicología, las "ciencias de la educación" y, desde luego, las letras clásicas, así como las modernas y las hispánicas.

Pero lo más significativo es que, tanto en Altos Estudios como en los primeros años de Filosofía y Letras, los estudios humanísticos, que son los definitorios de esta Facultad, *no estuvieron separados de otras disciplinas*, ni tampoco de otros niveles de enseñanza.

La Escuela de Altos Estudios tuvo tres secciones: Filosofía y Letras, Escuela Normal Superior y Ciencias Aplicadas (medicina e ingeniería). Coexistieron y convivieron en ella, en estrecha unidad, lo que hoy distinguimos con toda claridad: las "humanidades" y las "ciencias". Altos Estudios, en efecto, se concibió como un nivel de enseñanza especializada, y como la institución capaz de formar profesorado.

Pero esta situación no cambió en esencia al instituirse la Facultad de Filosofía y Letras. Por muchos años más, ésta siguió teniendo una composición análoga. Sólo hasta 1934 la Escuela Normal Superior deja de formar parte de la Universidad para incorporarse a la Secretaría de Educación Publica, y no es sino hasta 1938 que Ciencias se separa de Filosofía y Letras, y se constituye a su vez como Facultad. Significativamente, además, en 1934 la Facultad había cambiado su nombre por "Facultad de Filosofía y Artes", formando parte de ella los estudios de arquitectura, artes plásticas y música; en 1936 fue llamada "Facultad de Filosofía y Estudios Superiores", y sólo a partir de 1938 recobró en definitiva su actual denominación.

La movilidad es un dato notorio y constante, sobre todo en la Escuela de Altos Estudios y los primeros tiempos de la Facultad: en ellos se



Pasillo de la Facultad.

fueron dando distintas composiciones dentro de las cuales los estudios humanísticos de Filosofía y Letras no tenían definido e independizado su propio territorio y, en consecuencia, tampoco lo tenían plenamente asegurado.

Estos tiempos iniciales en que suelen entremezclarse las disciplinas tienen, a nuestro juicio, un significado ambivalente. Por un lado, no es nuevo que, en sus primeros momentos, los conocimientos se den íntimamente unificados e interrelacionados. En sus orígenes griegos o en su renacimiento en la época moderna, las ciencias naturales aparecen fundidas con la filosofía –y con las artes– y sólo tras un largo proceso se distinguen y separan.

La virtud que tienen estos momentos iniciales es que en ellos se hace expresa ante todo la unidad del conocimiento y de la cultura, revelando que no hay compartimentos estancos, cerrados ni estáticos, carentes de relaciones entre sí.

Aunque, por otro lado, también es cierto que esa primitiva unidad conlleva el riesgo de la indefinición, y de no favorecer el desarrollo específico y pleno de cada una de las áreas. En todo caso, también es inherente a la evolución histórica la tendencia a la diferenciación y a la independencia de cada una de las esferas y los campos.

En particular, *la filosofía y las letras* han tenido que luchar, una y otra vez, por su independencia y, sobre todo, por asegurar histórica y socialmente su propia razón de ser. Primero, en la época colonial, liberándose de la sumisión a la teología y a la religión; después, combatiendo las tendencias a ser absorbidas, o simplemente descalificadas, por el cientificismo o por la politización.

En el mundo moderno, cuando en 1910 renace la Universidad, y con ella es creada la Escuela de Altos Estudios, las disciplinas humanísticas se restablecen, justamente en la medida en que se supera el cientificismo positivista, en muchos sentidos contrario a las humanidades. Pero la realidad es que, en su azaroso e inestable devenir, la Escuela de Altos Estudios vio continuamente amenazada su existencia. Incluso pudiera pensarse que el hecho de que las humanidades estuvieran siempre asociadas con otras disciplinas y con otros estudios, no era sólo indicio de algo positivo sino acaso de que ellas no justificaban por sí solas su existencia, separada e independiente. Ya desde su nacimiento, la Escuela estuvo significativamente marcada por la "inutilidad", y por ende, vista como algo superfluo y costoso. En algún momento, incluso, se llegó a pensar en que se impartieran en ella estudios técnicos para preparar, por ejemplo, maestros en fábricas de hilados y tejidos, geólogos prácticos, peritos en granjas, con objeto de que los estudiantes de Altos Estudios se capacitaran en algo útil.

Pero tampoco es nuevo (ni privativo de nuestra historia) el que los estudios humanísticos vean cuestionada su existencia y que, no obs-



Pasillo de Posgrado.

tante, y a pesar de momentos de gran oscuridad, logren sobrevivir.

La amenaza tiene siempre el mismo origen: el conocimiento humanístico es considerado "inútil" y "superfluo" ya desde los tiempos socráticos: "ociosa" su indagación. Aunque hay que recordar que "ocio" se dice en griego *scholé*, de modo que originariamente se identifican "ocio" y "escuela". El *otium litteratum* es para Cicerón el "descanso consagrado al estudio". Lo "superfluo", "inútil" y ocioso es la "escuela", y sobre todo las que posteriormente se llamarán "artes liberales", equivalentes a nuestras disciplinas humanísticas.

Pero desde los tiempos socráticos también, se reconoce la necesidad de este ocio: su no superfluidad; se reconoce que, en el fondo, lo superfluo es el "negocio" (*nec otium*): el no estudio, la vida en la ignorancia de las cosas propiamente humanas, ajena a ese paradójico ocio-estudio, sólo en el cual el ser humano encuentra respuesta a la profunda y radical necesidad de su propia humanización y de acceder al mundo del sentido. Lo que no es otra cosa, resumiendo, que la (también paradójica) "necesidad" de "libertad".

Eso explica que, de un modo u otro, las humanidades sobrevivan, a pesar de la continua acusación de su inutilidad. Alguna necesidad profunda las hace renacer y mantenerse, aun en situaciones adversas. Algo radical las hace sobrevivir, algo que justamente revela que, en su cultivo, se realizan íntimas potencialidades y exigencias de la propia condición humana.

Sobreviven, de hecho, gracias a quienes ejercen por sí mismos, de manera ejemplar, esas potencialidades. Los grandes exponentes de las vocaciones humanísticas que, incorporándose al universo de las humanidades, han sido capaces de recibirlo, recrearlo, comunicarlo y, a la vez, contribuir a su enriquecimiento. Sobreviven gracias a las vidas ejemplares, a los grandes maestros que han dedicado su vida a esa "actividad de estudio", legando su significado y su grandeza; quienes han tenido la capacidad, en suma, de captar el sentido inmortal de los valores humanísticos y transmitirlo a las generaciones futuras, asegurando su pervivencia.

Nuestra Universidad y nuestra Facultad no hacen sino realizar, por cuenta propia, este destino humano universal.

Los maestros creadores de la Escuela Nacional de Altos Estudios la concibieron de acuerdo con un proyecto y unos ideales que hacían patente la clara conciencia de esta connotación de las humanidades y su intrínseca necesidad.

Sin embargo, tal proyecto original y tales ideales difícilmente pudieron realizarse en tiempos tan duros y problemáticos como fueron los del proceso revolucionario, los cuales, como es lógico suponer, afectaron de manera sensible a la Escuela de Altos Estudios. Y todavía en los primeros tiempos de la Facultad de Filosofía y Letras hay signos



Sala de profesores.

marcados de inseguridad. El más significativo es que a los tres meses de ser instituida como Facultad, fuera cerrada por falta de recursos económicos y sólo reabierta en enero de 1925, gracias a que sus maestros decidieron dar clases sin remuneración.

En general, la lucha por autodefinirse y por asegurar su destino ha sido un factor determinante del desarrollo histórico de nuestras humanidades; y lo ha sido, en particular, del proceso que abarca estas siete décadas en que la Facultad de Filosofía y Letras se ha consolidado como tal.

En efecto, rasgo distintivo de estos setenta años ha sido una marcada tendencia hacia la delimitación y definición de los campos y las áreas disciplinarias, y también de los niveles, e incluso de las funciones básicas de la actividad académica. Proceso que no se logra, desde luego, de un día para otro, pero que va a afectar en general a toda nuestra Universidad.

La fundación misma de la Facultad de Filosofía y Letras en 1924 implicaba concebir en unidad las disciplinas humanísticas como un campo de estudios con vida propia, suficientemente justificado por sí mismo. El solo cambio de nombre nacía de la idea de concentrar y unificar los estudios humanísticos, anticipando la necesidad de separarlos de otros campos y de otros objetivos y niveles de enseñanza.

Y a medida que tales estudios se fueron estructurando, que el cultivo creativo de las humanidades tuvo más continuidad y estabilidad, que su enseñanza se fue fortaleciendo con la excelencia de sus maestros y la autenticidad de su alumnos, en esa medida, la Facultad definió su propia identidad; afianzó y consolidó su sitio fundamental, adquiriendo una mayor seguridad en su destino, lo cual no significa que se hayan eliminado o vencido las amenazas. Se mantiene hasta hoy la lucha por asegurar la autonomía y la irreductibilidad de nuestras disciplinas; por hacer patente y afirmar la razón profunda de ser de la filosofía y las letras, por ellas mismas, sin asimilarse a otra cosa, sin buscar finalidades o alguna utilidad fuera de ellas.

Y a lo largo de estas siete décadas, algunos significativos acontecimientos destacan por haber contribuido de manera decisiva a la consolidación académica e institucional de la Facultad de Filosofía y Letras. Son hechos que, aunque de distinta naturaleza, pueden considerarse hitos principales en este proceso por el cual los estudios humanísticos han ido adquiriendo su propio e inequívoco estatus académico dentro de nuestra Universidad. Tales hechos han propiciado que la Facultad cumpla de manera plena sus tareas más propias, manteniendo vivo, en el mas alto nivel de creatividad, el cultivo de la humanidades, particularmente esencial en estos nuevos tiempos en que amenaza el imperio del *nec otium*, descalificándose de nuevo nuestros estudios.

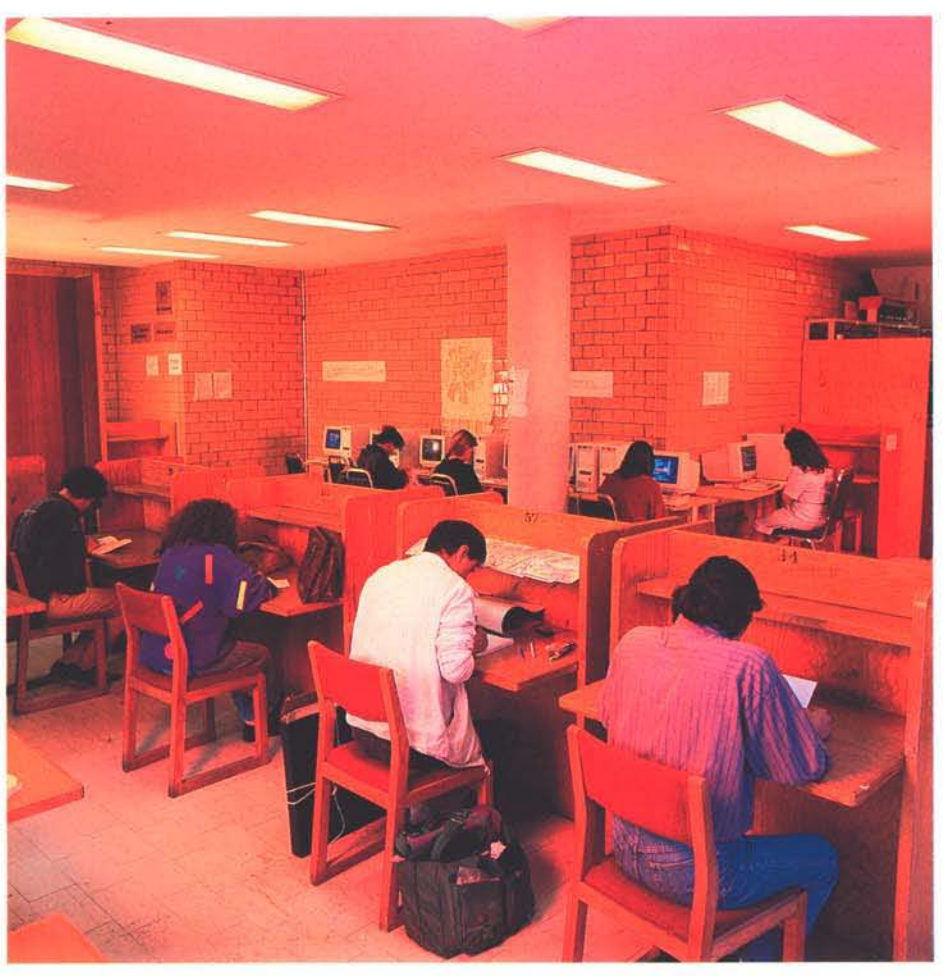
En el transcurso de estos años se ha producido, en primer término, una notable evolución en los diversos aspectos estructurales de la Facultad, que se ha hecho manifiesta en la progresiva definición y organización de sus carreras y sus planes de estudio; en la separación de unos campos o la subdivisión y creación de otros, etcétera. A todo lo cual ha contribuido de manera determinante, como es obvio, el crecimiento en el número de alumnos y, en consecuencia, de la planta académica. En efecto, si en 1924 había doscientos treinta y tres alumnos y ahora hay más de siete mil, y si entonces había treinta y cinco profesores y hoy más de mil, es lógico que la Facultad haya tenido que ir renovando sustancialmente su estructura académica y académico-administrativa.

Después de que se separaron de Filosofía y Letras la Escuela Normal Superior y la de Ciencias, se inició para la Facultad una nueva etapa con características propias, en la que tienen lugar continuas modificaciones internas, y sobrevienen nuevos acontecimientos, relevantes en su vida académica.

Decisiva, desde luego, fue para la entonces joven Facultad de Filosofía y Letras, con quince años de existir como tal, la incorporación, en 1939, de los maestros del exilio español: filósofos, literatos, historiadores, poetas, antropólogos, que empezaron a impartir cátedra y a realizar su tarea de investigación, desde su llegada a México. Es un acontecimiento de incalculable trascendencia para el país y para la Universidad en general, pero muy especialmente para esta Facultad, por tratarse de los estudios humanísticos, cultivados de manera modélica por quienes salían de sus universidades con todo un caudal de ideales y valores que en España quedaban truncos y frustrados, pero que encontraban aquí nuevos horizontes de vida. Y los encontraban porque el propio país ofrecía no sólo condiciones políticas favorables, sino un peculiar florecimiento cultural, sensible en particular a esos ideales y valores. Se produjo así un intenso desarrollo de las humanidades, caracterizado, a la vez que por su rigor académico, por su creatividad, signos distintivos con los que hasta ahora las siguen cultivando sus mejores exponentes.

Por otra parte, ha tenido singular importancia en la historia de la Facultad —sobre todo para la adquisición de su estabilidad— el contar con su lugar propio, primero en Mascarones (de 1938 a 1954) y después en Ciudad Universitaria (a partir de 1954).

Desde luego, fue importante el cambio del viejo y noble edificio de los Mascarones a la Ciudad Universitaria —hecho del que, también ahora, se conmemoran cuarenta años. El traslado representó sin duda una modificación de fondo, especialmente para esa pequeña y humanizada comunidad académica de Filosofía y Letras, que había cristalizado en Mascarones. Se trataba de algo más que de un simple traslado



Biblioteca "Samuel Ramos".

de "local", pues los espacios humanos no tienen evidentemente sólo un sentido físico o material: son espacios cualitativos, humanizados —o deshumanizados—, inseparables de todo cuanto se vive en ellos.

La edificación de la Ciudad Universitaria en general tiene significados profundos, más allá de aspectos circunstanciales y extrínsecos ligados con ella; ha sido un hecho determinante para la Universidad, de una enorme trascendencia, sobre todo si se le contrasta con sus antecedentes históricos y también con lo que ha venido después. Y en particular, el cambio fue de gran impacto para Filosofía y Letras. Con él se inició una nueva etapa, muy distinta de la de Mascarones. Quienes la tuvieron como su Facultad, guardan, indeleble, una viva memoria, asociada a una intensa nostalgia de aquel "Mascarones" de su intimidad y su vida comunitaria. Era sin duda la Facultad de otros tiempos.

Pero como quiera que se valore, lo indudable es que el cambio a Ciudad Universitaria, ocurrido hace cuarenta años, fue crucial para ese proceso de institucionalización y definición de las disciplinas y áreas universitarias. Las "humanidades" encontraron ahí su propio espacio, perfectamente definido y distinguido de las "ciencias". Reinaba al fin



Sala de cómputo.

una clara concepción de orden. Quedaban, en efecto, diferenciadas y separadas las grandes facultades universitarias: Ciencias, Arquitectura, Ingeniería, Medicina, Filosofía y Letras. Lo más opuesto y lejano de lo que fueran aquellas peculiares mezclas que reinaron en la primigenia Escuela de Altos Estudios, e incluso en la primitiva Facultad de Filosofía y Letras.

Otro hecho relevante, también de distinta índole y de suma importancia para la afirmación de la vida académica de la Universidad en general y de la Facultad en especial, fue la *creación del profesorado de carrera* (ocurrida en 1943). Ello implicaba el reconocimiento del significado y del valor de la vida académica como tal, que hizo posible dar estabilidad y seguridad a quienes se dedican de lleno al trabajo

académico, tanto en las tareas docentes y formativas como en las de investigación. Lo cual, como es claro, tenía un alcance decisivo para las carreras humanísticas, cuyo ejercicio no es propiamente "profesional", sino precisamente académico: se realiza dentro de la misma academia, que es su destino propio y natural.

Ya en sus orígenes platónicos, pertenecer a la Academia no era asistir a un recinto de estudios, sino formar parte de una comunidad y llevar una forma de vida peculiar, plenamente dedicada, en la teoría y en la práctica, a la búsqueda del conocimiento y la sabiduría. Y algo de ese remoto sentido se conserva aún en lo que implícitamente significa en general la actividad académica. Ésta no es un trabajo más; es una dedicación vital que implica continuidad, permanencia, entrega cabal, además de la incorporación a una comunidad científica, educativa o cultural. De ahí la necesidad de la seguridad institucional que hace posible tal dedicación. Pero de ahí también los rigores teóricos y metodológicos, la seriedad del compromiso, que impone la vida colegiada de la academia, lo cual no tendría sentido si ella no estuviera, a su vez, regida por ese principio fundamental de la vida universitaria, singularmente presente en la Facultad de Filosofía y Letras, que es la libertad de cátedra y de investigación, condicionante del carácter realmente creativo, dinámico, siempre plural y de continua renovación que conlleva la genuina academia.

Sin duda, las tareas de investigación tuvieron un reconocimiento inequívoco, incluso en la Escuela de Altos Estudios y, desde luego, en la Facultad, desde su fundación. Y también en esto jugaron un papel esencial tanto los creadores del proyecto de la Escuela y de la Facultad, como los profesores exiliados. Para unos y otros, la investigación creadora era inherente al trabajo humanístico, el cual no se concebía sin una participación activa, e incluso original, de sus cultivadores. Eso explica el significado especial y la importancia que desde un principio se otorgó en la Facultad a los *seminarios*, los cuales fueron concebidos para ella como el equivalente de lo que serían los laboratorios para el trabajo científico. Fueron, en efecto, pensados originalmente como pequeños núcleos de investigación para distintas áreas y disciplinas humanísticas. Durante años fue en estos seminarios donde se realizó la investigación.

Pero, como es sabido, algunos de los principales seminarios (y el llamado "Taller de arte") crecieron y multiplicaron sus trabajos hasta convertirse propiamente en centros o en institutos de investigación. En un principio, ellos estuvieron instalados en la Torre I de Humanidades, luego se extendieron a la Torre II, hasta que adquirieron nuevos recintos en otra zona del *campus* universitario.

Se produjo así un importante cambio en la trayectoria histórica de la Universidad en general, y en particular de nuestra Facultad: la se-



Aula Magna.

paración entre institutos y facultades, entre investigadores y profesores. Separación que, sin embargo, ha sido para nosotros *relativa* por varias razones: una, porque la mayoría de los investigadores de humanidades ha seguido realizando tareas docentes en nuestra Facultad, tanto en la licenciatura como en el posgrado. Son incluso notables, en el presente, las tendencias a intensificar dichas tareas, y la vinculación entre los institutos y la Facultad. Y en especial, la separación es relativa porque, dentro de Filosofía y Letras, sus profesores, sobre todo los de carrera, han continuado haciendo investigación con la misma intensidad y calidad, sin que exista una diferencia sustancial con la que se realiza en los institutos.

Y es que, particularmente en las disciplinas humanísticas, tiene primordial importancia la liga entre la investigación y la docencia, y suele haber una marcada interdependencia entre ellas; más quizá que en otras disciplinas. Y esta liga se explica de manera fundamental por las funciones propias del trabajo humanístico, que son las que definen la especificidad de la Facultad de Filosofía y Letras; esa especificidad que ella ha venido reafirmando a lo largo de estas décadas y que ha caracterizado la actividad académica de sus más destacados maestros.



Busto de Dante Alighieri.

Una de estas funciones básicas de Filosofía y Letras es, claro está, contribuir a mantener vivo el legado histórico de la cultura humanística mediante la comprensión y la comunicación de sus obras a las nuevas generaciones. Pero esto sólo es posible si no se trata de una mera información o transmisión externa de conocimientos. La obra humanística sólo pervive en tanto que es interpretada de manera original y no simplemente repetida; en que es, literalmente, re-creada.

La medida de la autenticidad y la excelencia con que se realiza la enseñanza en humanidades es la medida en que ésta se aleja de una docencia, digamos, "escolar", extrínseca y rutinaria, y se aboca a las tareas de una investigación creativa.

Pero no sólo la *conciencia histórica* —y en especial la memoria de lo mejor que ha sido y producido el ser humano— es inherente al quehacer humanista. También éste se cifra en la *conciencia directa de los hechos y los problemas* propios de nuestras diversas disciplinas y, de manera relevante, en la *conciencia crítica* del presente y del futuro.

La otra función primordial de la Facultad de Filosofía y Letras es, sin duda, la reflexión crítica sobre los grandes temas y problemas universales y nacionales, teóricos y prácticos, de la historia, del pensamiento, de la educación, de la creación artística, de la sociedad, en suma.

En este sentido, es distintivo de toda genuina "facultad de filosofía", y de la nuestra en particular, el estar a la vanguardia, proyectada hacia los temas que afectan al presente y al porvenir. De ahí las posibilidades que tiene esa conciencia crítica y creadora de percibir límites, remover inercias y generar innovaciones.

Y, en efecto, tal conciencia ha dado lugar en la Facultad a una docencia original, a la vez que a una investigación de excelencia que se ha traducido en una importante obra escrita, por la cual muchos de nuestros profesores han hecho aportaciones que enaltecen nuestra cultura, contribuyendo de manera significativa a enriquecer el campo de las humanidades.

Lo que, en última instancia, se hace en esta Facultad es ejercer las primitivas acciones de "leer", "escribir" y "pensar", en su más alto y a la vez profundo y creativo sentido.

¿Cómo separar, entonces, una auténtica actividad de docencia y formación humanística de las tareas de investigación, en los diversos órdenes en que ésta se produce? ¿Y cómo separar, por su parte, la actividad creadora, la producción original de los conocimientos humanísticos, de su esencial finalidad educativa y formativa? Además, el ejercicio de la libertad de cátedra y de investigación ha sido connatural a la Facultad de Filosofía y Letras desde sus orígenes y durante toda su historia.

Tal libertad es sin duda fuente primordial de todas las funciones creativas y, de manera relevante, de la pluralidad, del rechazo al dogma y a las pretensiones de uniformar el pensamiento y la acción. A través de su historia, ha sido nota distintiva de la Facultad la pluralidad de corrientes, de interpretaciones, de tendencias filosóficas, artísticas, históricas, metodológicas. En la medida en que ha ejercido con plenitud sus propias funciones, críticas, formativas, reflexivas e incluso de promoción de la sapiencia, la Facultad ha impulsado la pluralidad, y de manera señalada, la independencia e individuación de sus profesores y sus estudiantes, ya que otra de las características del quehacer humanístico es el papel que en éste juega el factor del individuo, de la persona. En las humanidades —análogamente a las artes— se conjuga de manera peculiar lo universal y lo individual, lo objetivo y lo subjetivo. Las ideas y los valores humanísticos tienen un sustrato individual insoslayable; correlativamente, el "sello personal" es parte constitutiva de la obra creadora y también de la misión formativa, del estilo —e incluso del método— de la docencia, la cual, justo por ello, se realiza ante todo por la vía de la ejemplaridad. El significado de la individualidad, de lo único e irrepetible, de lo cualitativo, en suma, es particularmente inseparable del universo humanístico.

Esta Facultad ha generado, en efecto, una comunidad plural, marcadamente diferenciada e individualizada.



Escultura de fray Alonso de la Veracruz.

A través de su historia, así, la Facultad de Filosofía y Letras, con su noble antecedente en la Escuela de Altos Estudios, ha ido configurando una notable tradición de excelencia, sustentada por varias generaciones, en la entrega vocacional de sus eminentes maestros y eminentes creadores. Son ellos, sin duda, quienes han regido el destino esencial de la Facultad, quienes le han dado su rostro más propio. Pero no a solas: con sus alumnos, sus receptores activos, con quienes han formado una comunidad dialogante, compartiendo el privilegio, el goce incluso, del "ocio" de los estudios humanísticos. No a solas ni separados de ese vínculo esencial con el futuro que implica la educación.

Por eso, una forma idónea de conmemorar los setenta años de vida de la Facultad de Filosofía y Letras es el homenaje a sus maestros eméritos: Sergio Fernández, Luisa Josefina Hernández, Juan Miguel Lope Blanch, Edmundo O'Gorman, Adolfo Sánchez Vázquez, Carlos Solórzano y Leopoldo Zea.*

Aunque también el reconocimiento ha de hacerse extensivo a los investigadores eméritos de los institutos de humanidades y profesores de otras facultades, que son asimismo profesores de Filosofía y Letras, y en este sentido, también sus eméritos: Jesús Aguirre Cárdenas, Ángel Bassols, Helena Beristáin, Rubén Bonifaz Nuño, Miguel León-Portilla, Ida Rodríguez Prampolini, Fernando Salmerón, Ernesto de la Torre, Luis Villoro, Ramón Xirau.

Y permítaseme también, para terminar, hacer memoria de otros grandes eméritos de las humanidades, fallecidos en los últimos años: Eduardo Nicol, Eli de Gortari, Wenceslao Roces, Juan Antonio Ortega y Medina, Jorge A. Vivó, Eduardo García Máynez y Carlos Bosch.

*Para la fecha de cierre de edición de este volumen, el emeritazgo de la doctora Margo Glantz se encuentra en proceso de ser aprobado por Consejo Universitario.